

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

DIRECTOR

AÑO XXII.—NÚM. 5

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

D. Práxedes Zancada y Ruata

18 DE FEBRERO DE 1901



DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Nació en Navia (Asturias) el 24 de Septiembre de 1817 † en Madrid el 12 del actual.



SUMARIO

Grabados: D. Ramón de Campoamor.—Las alegrías del Carnaval.—Guardia civil de caballería.—Escalera principal del Real Palacio.—En el baile.—Salida del teatro.—Nota política.

Texto: El poeta de las almas, por Daniel Collado.—Campoamor: datos biográficos.—El siglo XX y la paz universal, por Eugenio García Gonzalo.—Mascota, por E. Peláez Maspons.—Carnaval, por Alberto Valero Martín.—Campoamor, por Juan José López Serrano.—El problema político en Europa, por José Cascales y Muñoz.—En la vega, novela, por José de Laugi.—Tristes recuerdos, por Eduardo Tejerina.—Vilipendio, por Ramiro de Añibarro.—Llorares.—Teatros, por P. Zancada.—Ella, por Mariano Marzal y Mestre.—Recreo científico.—Notas bibliográficas.—Reclamos y anuncios.

El poeta de las almas

CAMPOAMOR

Si como ha dicho el gran Tolstói la muerte es solo un accidente de la vida, no podemos decir que Campoamor ha muerto.

No moriría, aunque esa afirmación del novelista ruso fuera solamente la aspiración hermosa de un idealismo bienhechor.

No mueren los poetas, porque la poesía es la esencia del arte, y el arte es inmortal.

Sucumben los imperios, se derrumban los tronos, se eclipsan las glorias bélicas; pero á través de las catástrofes y de las transformaciones sociales y políticas la obra de los poetas permanece en pie.

¿Cuál es la causa?

La poesía lo abarca todo.

Es himno que entusiasma, plegaria que contrista, música que alegra, canto que fortalece, aroma que conforta, sonido que conmueve, crisol, en fin, donde se funde el alma de las multitudes.

¿Cómo, por lo tanto, no ha de perdurar la obra de Campoamor, habiendo sido el poeta de las almas?

En el fondo de todas sus composiciones, desde *El drama universal* hasta la más candorosa de sus humoradas, vibra, late, se siente el aleteo de un espíritu.

Poeta humano, filósofo profundo y humorista sin hiel, para su lente poderosa todos los pechos han sido de cristal.

Leía en las almas, y con los sonos de su armoniosa lira traducía el anhelo de las gentes.

Nadie como él ha sabido dejar estereotipado en sus inmortales concepciones el modo de ser de los tiempos modernos y de la sociedad en que ha vivido.

Se le ha llamado el poeta de la duda, á juicio mío equivocadamente.

El vate no dudaba; pero al cantar lo que veía, forzosamente había de incurrir en contradicciones.

La sociedad contemporánea camina al azar.

Tan pronto avanza como retrocede, tan pronto duda como cree.

A la convulsión epiléptica sucede la postración más absoluta.

Busca con ansia un ideal que venga á reemplazar á los ideales perdidos, y al no encontrarle vacila, se estaciona, sonríe amargamente, y parece escepticismo lo que en realidad es solo deseo de orientación fija y segura.

Esa es la nota dominante, característica y lógica de la obra de Campoamor.

Sus poesías no pueden resultar uniformes, y ganan mucho con no serlo, porque siendo un poeta universal ha de dar forma á infinitas ideas y aspiraciones, ha de recorrer campos de aspecto muy diverso, ha de retratar, en fin, el estado psi-

cológico de las multitudes, tal como las encuentra al estudiarlas.

Por eso, sin ser incorrecto, cuidábase del fondo más que de la forma.

Era un artista que á las delicadezas del pincel prefería las cortaduras del escalpelo.

Pero con tal tino, con tal maestría, con tal pulcritud le manejaba, que ni en sus más naturalistas descripciones, ni en sus más acabados análisis, se olvidaba nunca de la delicadeza y del pudor.

Díganlo si no sus mujeres, esas creaciones sublimes que, amando, pensando y sintiendo, como se siente, se piensa y se ama en la vida real, aparecen rodeadas de una aureola tan simpática é impregnadas de un perfume tan delicado que las perdonamos sus flaquezas, sus egoísmos y sus yerros, por obra y gracia del espíritu ideal que supo infundirlas el genial artista.

Tal era el poeta, tal era el vate originalísimo, que rompiendo los estrechos y arcaicos moldes de los preceptistas, vino á demostrar á los rutinarios y asustadizos que en materia de arte no pueden ni deben existir más reglas que las del buen gusto.

En cuanto al hombre, Nakens, que un día le atacó con encarnizamiento, dijo después que el hombre resultaba superior al poeta, con ser éste tan grande.

Lloremos todos el muerto *inmortal*, y en medio de las tristezas que su desaparición nos produce sírvanos de consolador lenitivo las alabanzas que fuera de España le dedican; llevemos una flor á la tumba del que tantas supo esparcir, y al dedicarle una oración pensemos como el gran Tolstói: que la muerte es solo un accidente de la vida.

DANIEL COLLADO.

Datos biográficos

D. Ramón de Campoamor y Camposorio nació en Navia, provincia de Oviedo, el 24 de Septiembre de 1817.

Estudió latín en Puerto de la Vega, cursó la filosofía en Santiago, trasladándose después á Madrid, donde continuó sus estudios de Humanidades, é ingresando algún tiempo después en el Colegio de Medicina de San Carlos.

No era Campoamor refractario á esta ciencia; pero una censura injusta de que en un examen le hicieron objeto fué causa de que abandonara las aulas, para consagrarse por entero y con gran entusiasmo al cultivo de la poesía.

Alentado por Espronceda, del que era grande amigo, publicó en 1840 un tomo de versos, que fué muy elogiado, tanto por la crítica como por el público, y dos años después otro de fábulas.

Siendo aquellos tiempos de luchas políticas que apasionaban por igual á todos los hombres, Campoamor ingresó en el periodismo, y en él riñó batallas muy brillantes.

Por aquel entonces publicó sus primeras *Doloras*, género de que fué creador y que tan justo renombre le ha dado.

Hacia el año de 1846 dió á luz nuestro biografiado su *Filosofía de las leyes*, y por esta época ingresó en la carrera administrativa como auxiliar del Consejo Real.

Ascendió rápidamente, y durante el reinado de Doña Isabel II desempeñó cargos tan importantes como los de gobernador de Alicante y Valencia y Director de Beneficencia y Sanidad.

Años más tarde le llamó á su seno la Academia Española, y el día 9 de Marzo de 1862 leía ante la docta corporación su discurso *La metafísica limpia, fija y da esplendor al lenguaje*.

A la muerte de González Bravo la Academia Española dió á Campoamor el encargo de escribir la necrología de aquel hombre público, traba-

jo que realizó por medio de una hermosa poesía en tercetos.

Hombre modesto y poco aficionado al humo de las humanas glorias, rehusó honores y condecoraciones, y desde hace bastantes años vivía recluso en su casa, adorado de los suyos y respetado de todo el mundo.

SUS OBRAS

El gran poeta deja un caudal de obras que pone de manifiesto su gran laboriosidad.

Recordamos en verso las siguientes:

Ternuras y flores, Ayes del alma, Fábulas, el poema *Colón, El drama universal, Libro de cantares*, los *Pequeños poemas*, las *Doloras* y las *Humoradas*.

Obras dramáticas: *El honor, Guerra á la guerra, El palacio de la verdad, Glorias humanas y Cuerdos y locos*.

Obras en prosa: *Cánovas y la poesía, El personalismo, Lo absoluto, El ideísmo y Las polémicas con la democracia*.

El entierro del gran poeta, verificado el día 13 del actual, fué una espontánea manifestación de duelo, en la cual tomaron parte todas las clases sociales.

Descanse en paz.

El siglo XX y la paz universal

Mucho se ha fantaseado acerca de los misterios que en sí guarda el actual siglo xx. Es natural que así sea, porque el hombre más mira al porvenir que al pasado; así es que, cuál más cuál menos, todos hemos dado rienda suelta á la «loca de la casa» y hemos solucionado (?) todos los problemas religiosos, políticos, sociológicos, artísticos...

Limitándonos al epigrafe de este artículo, expon-dremos algunas reflexiones que nos sugieren los dos principales factores que son necesarios tener presentes para poder inducir con probabilidades de acierto: la historia y el espíritu dominante de la humanidad en las postrimerías del siglo XIX.

A los espíritus nobles, á los espíritus generosos, á los espíritus que sólo atienden á la ley del progreso, su mismo optimismo les crea una aureola sonrosada, y, es claro, al dirigir su vista al siglo xx, le ven de color de rosa, y con perfecta convicción aseguran que, durante su transcurso, la solidaridad internacional será un hecho, y, como consecuencia, la paz universal.

Otros espíritus, nobles también, pero que sólo tienen presente el desmoronamiento y la total pérdida colonial de España, cuya pérdida comenzó al empezar el siglo XIX y se consumó al finalizar el siglo, se crean un aurea pesimista que les nubla el juicio, y es causa de que, al dirigir su mirada al misterioso siglo xx, le vean sombrío, preñado de guerras, y, por lo que á España se refiere, den ya por consumada nuestra conquista por los ingleses.

Nada más fácil que pronosticar; todos hacemos «calendarios» en toda ocasión y momento. Nada más difícil que acertar; por eso son tan raros los profetas verdaderos.

Para augurar el porvenir con probabilidades de acierto necesario es desproveerse, hasta donde es posible á la humana naturaleza, de todo afecto que falsee el entendimiento y examinar las circunstancias pasadas y presentes que engendran inevitablemente el porvenir.

La idea del desarme, del arbitraje y de la paz universal es un sentimiento que se va incubando paulatinamente en el espíritu de la humanidad y que llegará irremisiblemente á tener su realización cuando este nobilísimo sentimiento sea patrimonio íntimo de la mayoría de los hombres. Hoy, por desgracia, está en su período de gestación; y aunque es muy cierto que en la segunda mitad del pasado siglo XIX ha germinado al extremo de exteriorizarse y manifestarse en diferentes Congresos de las Exposiciones universales y en las Conferencias de La Haya al extremo de que algunos, tomando la parte por el todo, han creído en la inmediata paz universal, es cierto también que aún le falta mucho camino que recorrer antes de encarnarse íntimamente en el corazón de los hombres.

Entre las infinitas «profecías» relativas al siglo xx, la que más ha llamado nuestra atención de cuantas hemos leído, es la escrita por D. José Alcalá Galiano, publicada en *El Imparcial* del 31 de Diciembre con el título «Pentamundi».

En estilo jocoso y burla burlando, su autor ha expuesto profundas reflexiones, dignas, por la verdad que en sí encierran, de tenerse en cuenta.

He aquí lo más substancial del artículo:

«Porque, no hay que darle vueltas: aquellas guerras minúsculas de hormigas, aquellas batracomio-maquias feudales de provincia á provincia, de castillo á castillo y hasta de hombre á hombre, van pasando de moda. La vieja y cansada cronista del planeta, Clio, no se para ya en pequeñeces y escribe en

telegráfico estilo sólo los hechos culminantes y de universal importancia. La historia humana va condensándose y acercándose a la suprema unidad, a la absorbente síntesis. Los factores de la política van reduciéndose y los confines nacionales ensanchándose. Por cima de las naciones geográficas se van formando, por las alianzas, países éticos, super-países ideales en los que el alma de los pueblos se funde en un común interés, en una idéntica finalidad. Con la tríplice, Alemania, Austria é Italia son una sola nación política. Con la duplex, Francia y Rusia forman un solo imperio-república. La alianza anglo-yankee hace un solo imperio de los inmensos dominios de John Bull y el tío Sam. Hoy D. Nicolás, D. Guillermo y doña Victoria son los señores del mundo y mafiana la conquista hará efectivos los ensueños del imperialismo y las pesadillas de la hegemonía, que va degenerando en hegemonía...

La lucha hoy no es ya de pueblos, sino de dos elementos: el Mar y la Tierra, Geo y Talassa, que dirían los clásicos.

El monstruo terráqueo conocido con el apodo de Elefante Moscovita, más temible que el Elefante Supratika del Mahabareta, agita su trompa y enseña sus colmillos á la Ballena Británica, que sacude la cola y abre sus fauces. El elefante, para empezar, se ha engullido media Asia. Don Quijote de la Manchuria es más práctico que el de la Mancha: no se para en molinillos ni carneros. La Ballena, á su vez, anda masticando una tajada transvaalense, dura de roer, pero que pronto entrará en las vías digestivas de su enorme vientre. Cuando el gran paquidermo y el gran cetáceo se agarren de veras, cada cual se lleva un continente por presa...

El globo futuro se llamará el «Pentamundi». El Pentamundi será el Mapamundi del reformado planeta. En él estará señalado con amarillo, color del oro, todo el mundo sajón; con rojo, color de sangre, todo el mundo germánico; con gris, color del plomo, todo el mundo eslavo; con azul, color de las visiones y las cosas ideales, el mundo latino, y con verde el mundo yankee, verdecito y recién brotado.

Media Europa será alemana; el Asia será rusa; el Africa, inglesa, la América, yankee, y los restos del festín conquistatorio, los huesos por roer, serán latinos.

Cinco autócratas bastarán para gobernar las cinco partes y las cinco razas.

Cinco capitales, Pentápolis, á saber: Londres, Berlín, Petersburgo, París y Washington serán, y ya lo van siendo, los centros de las cinco únicas políticas imperantes. Cinco embajadores bastarán para mantener las relaciones, hacer cumplir el derecho, que entonces se llamará intercontinental, para celebrar la quintuple alianza y quintuplicar los antes citados «Negocios» extranjeros.

Y vosotros, políticos de todos colores, ojo con el monoclar lenticillo que hoy se fija en nosotros, porque tras ese lente hay un ojo diabólico y detrás de ese ojo... la mar de ballenas para lanzarse á la pesca de mi profetizado y humorístico Pentamundi. Echad al cesto, pero no al olvido, mi leccioncilla geohistórico-política, si por ella pasáis vuestros ojos, con ó sin monóculos, gafas ó espejuelos.»

Como se ve, el Sr. Alcalá Galiano, más que en la paz universal, cree en la próxima guerra universal; y por más que nuestro espíritu se subleva y protesta ante tan poco halagüeño porvenir, forzoso es reconocer que, si sólo atendemos á algunos factores del presente momento, la guerra universal es inevitable.

Si queremos investigar el grado de progreso intelectual-moral de la humanidad, desde luego observamos que parte de la Europa septentrional, casi toda el Asia, el Africa y la Oceania se hallan en estado salvaje ó semibárbaro. Aun en las naciones civilizadas (?) Estados Unidos, Repúblicas americanas y países de Europa, más de la mitad de sus habitantes son analfabetos, y en cuanto á su cultura moral, las actuales guerras anglo-boer y china patentizan, por desgracia, que inferimos un agravio á las fieras si con ellas nos parangonamos.

Verosímil es que las naciones más poderosas, devoradas por la fiebre de conquista, disfrazando su ambición con el manto de caridad ó deseo de civilizar á los pueblos bárbaros, emprendan guerras de anexión.

Lo que juzgamos ya más difícil que tengan lugar es las guerras entre las naciones que se llaman civilizadas. Y no porque hayan llegado á fraternizar unas con otras, pues desgraciadamente aún subsisten entre ellas, aunque bastante atenuados, los odios que las separan y hacen que su mutuo trato sea ficticio, sino por otra poderosísima causa, egoísta, es verdad, pero que ha de prestar inmensos servicios en favor de la paz internacional y del bienestar y progreso de los pueblos: el dinero.

La riqueza, aunque otra idea muy diferente tiene de ella el vulgo, es el signo y la recompensa del trabajo inteligente. La riqueza de una nación es el barómetro más exacto de su trabajo y de su inteligencia.

Las naciones más adelantadas, y que por ende son las más ricas, rehuirán, cuanto les sea posible, la guerra con otra nación relativamente poderosa por temor á la pérdida del fruto de su trabajo. Acaso ei no haberse reproducido hace poco tiempo en España la fratricida guerra, á pesar de los medios que para

conseguirlo ha empleado la reacción, se debe á las muchas industrias creadas en estos últimos años en las provincias del Norte.

Tanto por esta causa, que de día en día será más grande y poderosa, cuanto por otras muchas, que no es posible siquiera citar en los reducidos límites de un artículo, creemos que en el siglo xx predominará la guerra por parte de las grandes potencias para anexionarse los grandes territorios que, como el Africa y Oceania, carecen de toda civilización, ó que, como India y China, fueron los primeros y más adelantados del mundo, pero que después se han estacionado. En cuanto á las demás naciones, hay motivos bastantes para suponer que no se harán la guerra unas á otras; si que, antes bien, irán deponiendo antiguos odios y recelos, y por pactos, convenios ó federaciones se sumarán unas á otras por afinidades de sangre, lengua ó afecto y conservando cada cual sus costumbres y leyes especiales, y formarán grandes entidades que su mismo poder les hará fuertes y les permitirá desenvolver, sin inquietudes, las infinitas industrias nacidas de los inventos, saliendo de este modo la humanidad de la adolescencia con sus impetuosidades, sus imprevisiones y sus pasiones; entrará en su virilidad y grandeza y llegará, á mediados ó fines del siglo xx, á la suspirada paz universal.

EUGENIO GARCÍA GONZALO.

MASCOTA

(CUENTO DE UN «CONFETTI»)

I

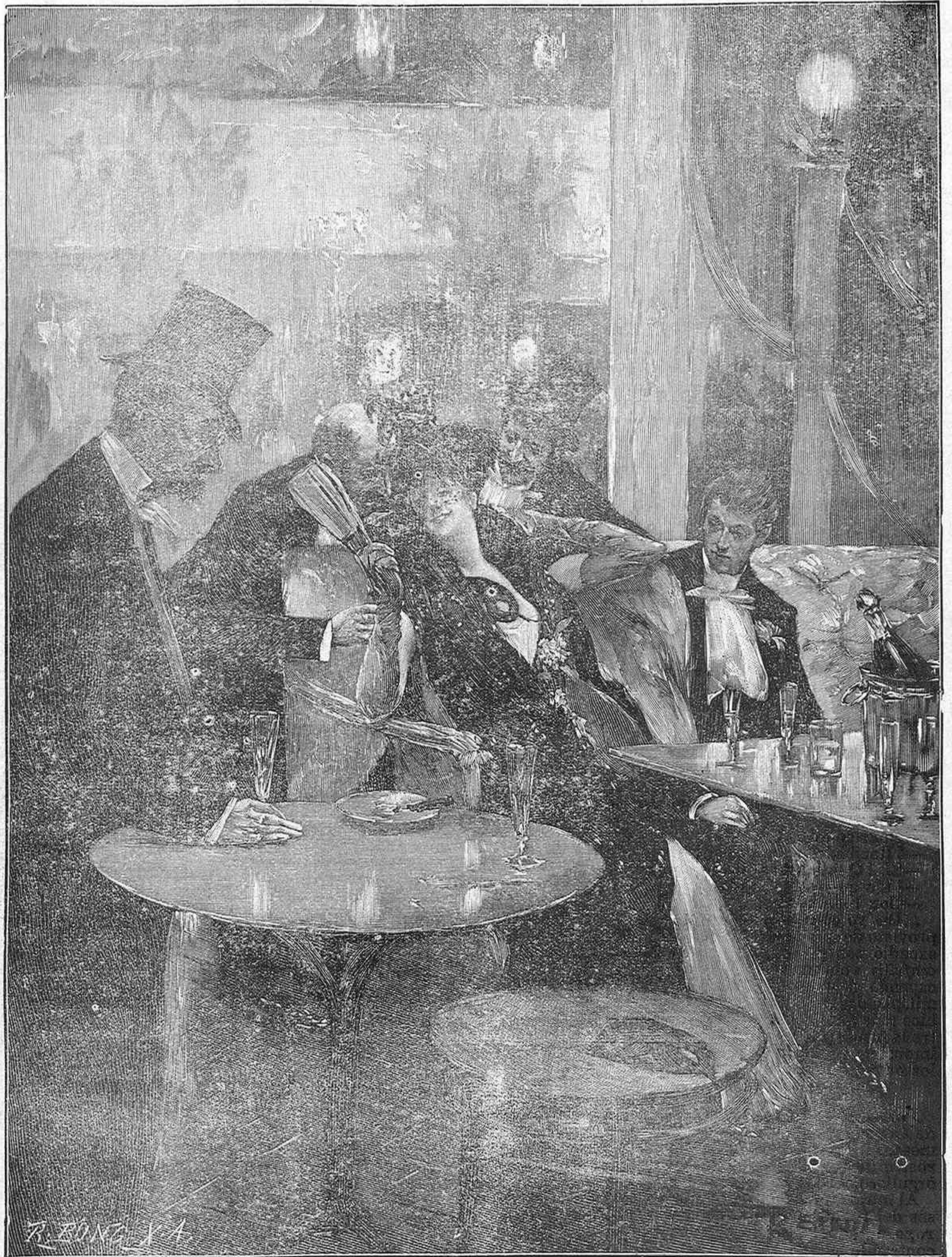
—¡No empujar, por favor!—dije viendo mi redondo cuerpo comprimido por otros hermanos de infortunio.

—Si no tenemos la culpa—respondieron.—Empujan desde arriba y necesariamente hemos de estar así...

No recuerdo el tiempo que pasé de tal suerte. En cambio puedo decir que había muchas máscaras en las calles; el ruido era ensordecedor, y la gente se aglomeraba, formando compacta mole, invadiendo las avenidas del paseo...

Voces destempladas, risas, chistes dichos con voz aguardentosa, toques de clarines y gritos, era todo lo que oía desde el fondo de la bolsa donde me encontraba recluso.

Poco á poco noté menos peso, y ya me iba esponjando la satisfacción, cuando los dedos de una mano masculina, comprimiendo con fuerza un puñado de confetti, me arrojaron sobre el rostro de cierta Mascota, quien recibió la llegada con un ligero estremecimiento de su cuello niveo y seductor...



LAS ALEGRÍAS DEL CARNAVAL

¡Ya pude respirar! ¡Cuántos hombres hubieran querido hallarse donde yo! Cerca de la orejita de una joven hermosa, al parecer, porque su antifaz sólo permitía ver dos ojos negros y relucientes que parecían esferas de azabache, queriendo salir del raso opresor de aquellas mejillas coloreadas, cada vez que alguno de los muchos hombres que pasaban proferían los piropos de la gente de esta tierra.

No todas las flores eran de buen tono; y la que escuché con mayor gusto por su originalidad, fué la de cierto *pirot* amarillo, que al pasar cerca de la Mascota exclamó:

—¡Mujeres como tú deben sudar agua de colonia!

Otras frases eran tan poco correctas, que hacían poner el rostro de mi conductora tan rojo como yo...

II

Por la conversación que escuché á las elegantes máscaras de la carroza nuestra, mi desconocida y las otras disfrutaban alegremente de la excentricidad de Consuelo, joven esposa de un chileno millonario, que dispuso para el Carnaval el adorno de los coches donde tantas señoritas de la *plus haute société* se divertían, tirando á manos llenas flores, *confetti* y dulces...

Una legión de *golfos*, burlando la vigilancia de la autoridad, se atropellaban revolcándose entre las patas de los caballos, para coger las serpentinas á medio desenrollar y los caramelos arrojados por mano pródiga. Pasábamos cerca de una tribuna adornada con percalina roja y gualda.

Mis máscaras se prevenían para el ataque. Unas se acercaban á los cestos de flores, cogiendo proyectiles; otras blandían serpentinas... los dulces también fueron requeridos para la inminente batalla.

La tribuna sitiada era de la Gran Peña. Ví detrás de la percalina muchos elegantes en ademán hostil, á pesar de la alegría que inundaba sus rostros. La lucha se hizo general. Loco clamoreo ensordeció los oídos. Una nube de mariposas y *confetti*, el fuego graneado de falsas mandarinas, flores de trapo, grandes montones de tiras de papel y una verdadera lluvia de oro en polvo cegaron mis ojos durante breves instantes... Cuando pude ver, hallé á mis Mascotas cubiertas de papelillos y ahogando las risas bajo los fectos de multicolores serpentinas que se desenroscaban poco á poco allá en el fondo del carruaje, engalanado por el capricho del esposo de Consuelito.

Caminábamos por el centro del paseo. Lujosas máscaras, á pie y á caballo, volvían la cabeza para vernos... Cruzó una estudiantina de aragoneses tocando alegre jota; los postulantes subían á los coches. Mis máscaras se agruparon, apoyándose en una de las bandas del carruaje, que, no pudiendo sostener tanto peso, crujió, y, roto un eje, hizo caer en confuso tropel á las hermosas jóvenes que se divertían...

Afortunadamente, no hubo desgracias. Se propuso ocupar los coches restantes; pero como fué imposible colocarse todas en ellos, las demás continuaron el camino á pie, uniéndose de dos en dos, como van los colegiales.

Un cazador se estaba limpiando el rostro con una mano, mientras con la otra sostenía el sombrero, que á su vez sujetaba la reblandecida careta de cartón.

Al verle, mi Mascota gritó:

—¡Ernesto! ¡Ernesto!!

El interpelado, volviendo la cabeza y acercándose á la máscara, preguntó:

—¿Eres tú, Teresita?

—¡Claro! ¿No conoces mi voz? ¿Dónde has estado?

—Buscándote toda la tarde. He visto vuestra carroza, pero entre tanta disfrazada era difícil adivinar...

—Ya sabes que esta noche en casa de Consuelito hay baile.

—Continuará la broma.

—¿Recibiste la invitación?

—Sí. ¡Qué hermosa estás hoy!

—¿Me quieres así, vida mía?

—Con toda el alma...

...Iba yo estando violento, cuando cierto gomoso, provisto de uno de esos plumeritos de papel de seda, sacudió con prisa la cabeza de Mascota... Muchos *confettis* volaron en caprichosa lluvia de colores, cayendo después al precipicio de la acera, donde mil pisadas martirizarían sus cuerpecillos... Yo no hice más que cambiar de sitio, quedando sujeto entre la frente y la puntilla del antifaz; por eso me fué imposible escuchar la empalagosa conversación de los novios.

III

Por fin pude ver lo que deseaba. Al llegar al hotel de Consuelo y hacerse la *toilette* para sentarse á la mesa, mi Mascota se quitó el antifaz; contemplé el rostro de la bella, y por breves instantes me sentí orgulloso. ¡Dios mío, qué mujer!

Al mirar su hermosura, comprendí las melosas frases del tímido cazador, y recordé alegremente el piropo de aquel *pirot* que hizo reír á la joven, encontrando su vanidad satisfecha.

¡Qué labios los suyos, húmedos, frescos, sensuales!

Vamos, que con ser yo de papel picado, me con-

sideraría feliz al poder posarme sobre ellos, respirando su aroma, quizá más perfumado que mi cuerpecito rojo... Aquel hoyuelo de la barba sería la mejor habitación; pero, desgraciadamente, no me la alquiló su dueña...

Mascota desapareció, dejándome sobre el frío mármol del lavabo, en compañía del antifaz. Después volvió mi bella acompañada de otras jóvenes vestidas con disfraz más airoso, bonito y mejor. Se habían convertido en *charras* encantadoras, incitantes... La mía se acercó; cogiendo el antifaz se lo puso, y yo quedé comprimido entre éste y la sien de la linda enmascarada...

Los salones del suntuoso palacio estaban profusamente iluminados; el aroma de las flores de estufa se esparcía por doquier; la luz eléctrica de infinitos focos todo lo iluminaba con sus haces. El aspecto del baile era encantador: ellas, vaporosas, sutiles y bonitas; ellos, descubiertos, luciendo el rojo frac, que sólo se ve en solemnidades determinadas.

IV

Se bailó mucho. Yo estaba atontado, por dar mil vueltas.

Mi *charra* no se cansaba de danzar con un joven á quien reconocí en seguida.

Terminado el Boston, las parejas buscaban sitio fresco entre los arbustos de la *serre*. Mi enmascarada y su acompañante se ocultaron detrás de unas macetas de aspecto gigantesco, cuyo nombre no he podido retener.

Hablaban muy bajito. Sobre todo él. No les pude oír; pero lo que dijeron debía ser grave, porque los latidos de la sien eran cada vez más violentos. El joven se acercó á la bella; la sangre que circulaba por sus arterias me quemaba como si fuese producto volcánico; pero después más luces, nueva música, repetidos bailes, hasta que los excesos de aquella noche de Carnaval calaron mi cuerpo con el agua de colonia de que habló el gracioso *pirot*.

V

Ignoro el tiempo transcurrido.

Ayer, una hermosa joven enlutada me sacó de la obscuridad del mueble donde reposé adherido al forro del antifaz de raso.

Yo conocía á la bella. Hice memoria, y recordé al momento. Sí, era la misma, mi alegre Mascota, la *charra* bailarina. Cogiéme entre las manos. Fijo su mirada melancólica... No sé en lo que pensaría... Pero sus recuerdos debieron ser más tristes que los míos, porque, besando al antifaz, gruesas lágrimas surcaron las mejillas de la joven y humedecieron mi delicado cuerpecillo, que, como el de aquélla, también hubo perdido su perfume...

E. PELÁEZ MASPONS.

CARNAVAL

Hasta el sol, al aparecer aquella mañana por el horizonte, semejaba un gigante que reía. Sus rayos alegres y juguetones se descomponían en las vidrieras de los edificios en carcajadas de luz...

Madrid presentaba un aspecto risueño y encantador. Todo era bullicio, y algazara, y contento por las calles. Las numerosas personas que las transitaban, gritando y riendo, se mezclaban y se confundían.

Las mujeres llevaban, dispersos sobre sus cabezas, artísticos montones de *confetti* que, algún muchachuelo enamorado, las arrojaba acompañando la acción con un requiebro.

Los máscaras, con sus chillones disfraces, prestaban una nota multicolor al conjunto y sus voces punzantes aumentaban el clamoreo ensordecedor que imperaba por todas partes.

Varias estudiantinas cruzaban las calles, dando al viento los tonos moriscos de sus guitarras, las notas alegres de sus bandurrias y el continuo sonar de los panderos.

Elegantes carruajes llevaban sobre sus capotas algún máscara importuno que enrojecía con su charla las pálidas mejillas de alguna jovencita enamorada.

En las aceras, el gentío era inmenso. Llovían serpentinas de las tribunas, vomitaban *confetti* todas las manos y agitábanse revoltosos los plumeros, tiñendo de rubor los rostros de las adolescentes, ó provocando las iras de algún papá de carácter violento.

Varios grupos de estudiantes deliberaban sobre á qué baile concurrirían aquella noche, y dábanse cita otros con despreocupadas y pizpiretas muchachas para cenar y reír juntos...

Los numerosos concurrentes al paseo batallaban entre sí, arrojándose *confetti* en medio de una lluvia de serpentinas perfumadas y de una nube de polvo que hacía la atmósfera irrespirable. Luego se oía en el bando vencedor un himno de gloria alegre, pujante, un himno de carcajadas que incitaba á la lucha...

Los vendedores pregonaban sus mercancías á grito pelado. Otros hacíanles dignísima competencia con destempladas voces.

El griterío era infernal. Las risotadas mezclábanse

con las canciones, las canciones con el restallar constante de los látigos de los cocheros, el restallar de los látigos con los chillidos descompasados de las más caras...

La multitud, alegre y bulliciosa, semejava millares de borrachos entusiasmados.

Todos los rostros aparecían risueños, charlatanes los labios y alegres todas las almas.

El contento era general, frenético, delirante.

El lecho era pobre. La estancia desamueblada casi. Las paredes cubiertas de cuadros y de bocetos; un caballete que sujetaba el lienzo emborronado; algunos botes repletos de pinceles, y una caja de pinturas abierta y tirada sobre una banqueta, atestiguaban que en aquel sotabanco vivía un artista.

Al levantarse Enrique aquella mañana, se vistió sonriendo.

Hacía tiempo ya que no reía.

Enamorado locamente de una mujer, y sin valor para declarárselo, vió en el disfraz un medio de arriesgarse sin temor á un desprecio ni á humillaciones vergonzosas.

La careta le permitía acercarse á la que adoraba tanto, sin el peligro de que los padres de la mujer aquella le impidieran hacerlo, al contemplar su chaqueta raída, su sombrero hongo descolorido y sus pantalones desfilachados.

—¡La hablaré! ¡La hablaré!—se decía Enrique con júbilo;—y ella, al saber mis inquietudes, y mis dolores, y mis ansias de gloria, y mis devotos por hacerme una posición que ofreciera, aceptará este amor mío—añadía esperanzado.—La expondré sin reservas mi verdadera situación—continuaba.—Ella, seguramente, tiene en el alma algo de santa y calmará mis sufrimientos. Estoy seguro. Sabrá comprenderme y esperar.

Y así razonando, calóse un capuchón alquilado el día antes, se puso una careta de clown toda pintorrojada, y después de reirse de sí mismo ante un espejo, bajó los ciento y pico de escalones y se perdió entre la multitud atronadora.

Llegó al paseo y buscó á su ídolo por todas partes. Desesperábase por no encontrarla, cuando, ya al anochechar, distinguió á su adorada. Hacia ella marchóse ligero, y palideciendo bajo su careta de payaso, se acercó conmovido.

Jurándola su amor empezó Enrique, y asegurándola lo mucho que sufría continuo luego. Ella le escuchaba sin protestar al principio, sonriendo después; pero cuando Enrique, con voz doliente y apasionada, la confesó muy quedo que era pobre, que sólo su amor le alentaba á la pelea, que vencería porque luchaba por un ideal sagrado para él, notó el artista en la mujer aquella un gesto de desprecio tan sentido, de hastío tan humillante para Enrique y de repugnancia tan poco disimulada, que sin dar explicación alguna volvió las espaldas y quedóse suspenso y desesperado.

—¡No tiene corazón!—murmuró tembloroso.—Mis sueños se desvanecen como ilusión mentida. ¡No tiene corazón!

Dos lágrimas abrasaron las mejillas de Enrique, que contenía los sollozos y buscaba una pared para no caerse.

Por un movimiento instintivo quiso ocultar su llanto á los demás y llevóse con ademán frenético las manos á su cara; pero al intentar el tropezó con el cartón de su careta, manchada de yeso y pintorrojada de colorines chillones y ridículos, que se lo impedía. Tranquilizóse. No habían de mofarse en su dolor. Nadie podía sospechar que, bajo aquella careta de payaso que reía guiñando un ojo, plegando la boca con ridícula mueca y con las fauces dilatadas, se contraía de angustia una cabeza pálida y doliente, se arrasaban unos ojos en lágrimas y se retorció un alma ennegrecida por la desesperación...

Enrique permaneció un momento sumido en un estado angustioso de idiotismo y desfallecimiento; pero bien pronto hicieronle volver en sí el ruido de las estudiantinas, el revolotear incesante de los *confetti*, los pregones, los cantares, las carcajadas, el clamoreo atronador y los empujones de la multitud, que festejaba los Carnavales feliz y bulliciosa...

ALBERTO VALERO MARTÍN.

CAMPOAMOR

—¡Campoamor ha muerto!—dijeron tristemente los amantes de la poesía, al saber la muerte del insigne vate. Y es que Campoamor era muy querido en todas las clases sociales, porque todos amamos lo bueno.

Su nombre, de todos conocido, se repetía con admiración.

Profundo como el sentimiento, sensible como el amor, grande como el ideal, Campoamor era la exteriorización de sus *Doloras*.

Campoamor era el poeta de las mujeres, porque las hablaba al corazón halagándolas en su amor pro-

pio, al mismo tiempo que las fustigaba con la sátira mordaz de sus *humoradas*.

Si al morir va al infierno mi marido,
es que vuelve al país en que ha nacido.

Al fin te consagraste á los altares,
más bien que por tu fe, por tus pesares.

Fué el maestro de todos, pero maestro solícito y cariñoso, sin arranques de desprecio ni desplantes de orgullo.

En sus consejos y enseñanzas hallaron fuentes de inspiración casi la mayoría de los poetas vivientes.

Coplero como pocos, sus canciones rebosan ingenio é intención.

Para divertir su afán,
cantaba á su reja un loco:
«Unos estamos por poco,
y otros por poco no están.»

Pensador profundo, sus frases encierran en sí honda filosofía, como puede verse por estas dos:

«No creo en la Historia antigua, desde que he visto escribir la Historia moderna.»

«La esperanza es el eslabón que nos une al cielo.»

Nació el ilustre poeta el 24 de Septiembre de 1817 en el pintoresco pueblo asturiano de Navia.

Estudió latinidades en Puerto de la Vega, y filosofía en la ciudad de Santiago, viniendo después á Madrid en donde cursó teología bajo la dirección del P. Manjón, y matemáticas con D. Alejandro Bencoechea.

En 1844 el Liceo Artístico publicó sus primeros versos. Dos años después editó un libro de *fábulas* y otro titulado *Los ayes del alma*, que empezaron á darle fama.

En 1847 se dió á conocer como político publicando la *Historia crítica de las Cortes reformadoras*, ingresando en la redacción de *El Español* y más tarde en la de *El Heraldo*.

Posteriormente fué diputado y ocupó otros cargos públicos.

Postrado por cruel enfermedad, hace años que se había retirado al tranquilo asilo de su casa, en donde solo frecuentaba el trato de las personas de su intimidad.

¡Pobre Campoamor! Su muerte será sentida por todos los amantes de la literatura patria ¡y su memoria no perecerá nunca, pues con su nombre lleva unido el ingenio de sus *humoradas* y *doloras* y el ideal no desaparece jamás!

JUAN JOSÉ LÓPEZ-SERRANO.

El problema político en Europa

AL INAUGURARSE EL SIGLO XX

EL FUNCIONARISMO

Si cada uno de los que escriben, hablan ó discuten de regeneración empezara por regenerarse á sí mismo, lo que aún no pasa de noble aspiración podría ser hoy una hermosa realidad, y este proyecto su forma concreta.

Cuando en 1894 publiqué mi trabajo «La confederación de las clases», recibí á los pocos días un folleto, escrito en alemán y publicado posteriormente, donde se desarrollaba el mismo asunto. Ahora no he dado á luz todavía mi nuevo estudio acerca del funcionarismo, y ya me anuncian que los publicistas alemanes comienzan á interesarse por las mismas cuestiones.

¿Es que ayer copiaron mis ideas los escritores germanos, y hoy tomo la revancha copiando las suyas? Ni lo uno ni lo otro. Ni ellos tuvieron tiempo ayer para reproducir mi trabajo, ni yo puedo hoy reproducir los suyos, cuando ni poseo el idioma alemán, ni aun traducidas conozco sus obras.

Aunque parezca inmodesto, creo haber estudiado bastante en los libros (1), y ya prefiero á los mejores, por hallarlo más fructífero para mis investigaciones político-sociales, la observación de la naturaleza y el estudio directo de la sociedad.

Lo que sucede (y esta es la causa de esa coincidencia de pensamiento) obedece á que, dado el cosmopolitismo de la vida moderna, los fenómenos sociológicos tienen un carácter general, siendo muy extensa su esfera de acción.

Ni los escritores alemanes ni yo hemos descubierto ningún mediterráneo; no hemos hecho otra cosa

(1) La friolera de veinte años, á razón de doce diarios, en el retiro de un pueblo.

que anticiparnos á los perezosos, en recoger, concretar y definir las ideas que venían vagando en el medio social en que vivimos, dándoles forma y exponiéndolas con más ó menos claridad.

Nuestra labor no es otra que la del químico, que encerrando en la retorta el aire atmosférico, recogido en el arroyo, lo analiza en su laboratorio y da á conocer después el resultado de este análisis á todos aquellos que lo respiraban.

En Alemania, como en España y como en casi todos los pueblos civilizados, especialmente en los que existe el sistema parlamentario, y más aún en los que aumenta la producción, al terminar la lucha política entre el antiguo y el nuevo régimen y dar principio á la lucha industrial, se inicia la tendencia á la desaparición de los partidos históricos y al nacimiento de los económicos ó de clases, formados por los que tienen comunidad de intereses, así como á la suplantación de todas los cargos políticos por los meramente técnicos ó administrativos, y el deslindar los campos de los tres poderes esenciales del Estado: el legislativo, el ejecutivo y el judicial, dando la necesaria autonomía para su régimen interior á todos y á cada uno de los diferentes organismos, á fin de que procedan con independencia de los demás en el cumplimiento de su respectiva misión.

A los Municipios como á las Cámaras tratan ya de llegar, en sustitución de los representantes de las ideas, los representantes de los modernos intereses, y los bien hallados con el antiguo derecho internacional, mientras estuvo latente y en toda su pureza el sentimiento de patria, que hacía posponer los intereses individuales á los sagrados de la comunidad, al proclamarse los derechos del hombre, piden radicales reformas y la precisa definición de las nacionalidades económicas, desde que los ciudadanos de un país, variando de sentir y de pensar, no encuentran obstáculo en el cambio de nación tan pronto como en la propia teme ver sus intereses lesionados, para exigir acto seguido al Gobierno del suelo en que nacieron indemnizaciones reales ó supuestas, traicionando á todo un pueblo, sin que haya leyes para castigarlos en ningún Código penal, como se castiga al comerciante que hace traición á sus socios.

No es cosa fácil, por cierto, exponer con precisión en el limitado espacio de un artículo, todos los puntos que abarca el complicado problema actual; mas para que los lectores de esta revista conozcan de an-

temano sus líneas generales, esbozaré á grandes rasgos el concepto del funcionarismo.

Nada puedo decir de referencia conozco sus estudios; pero he aquí mi criterio:

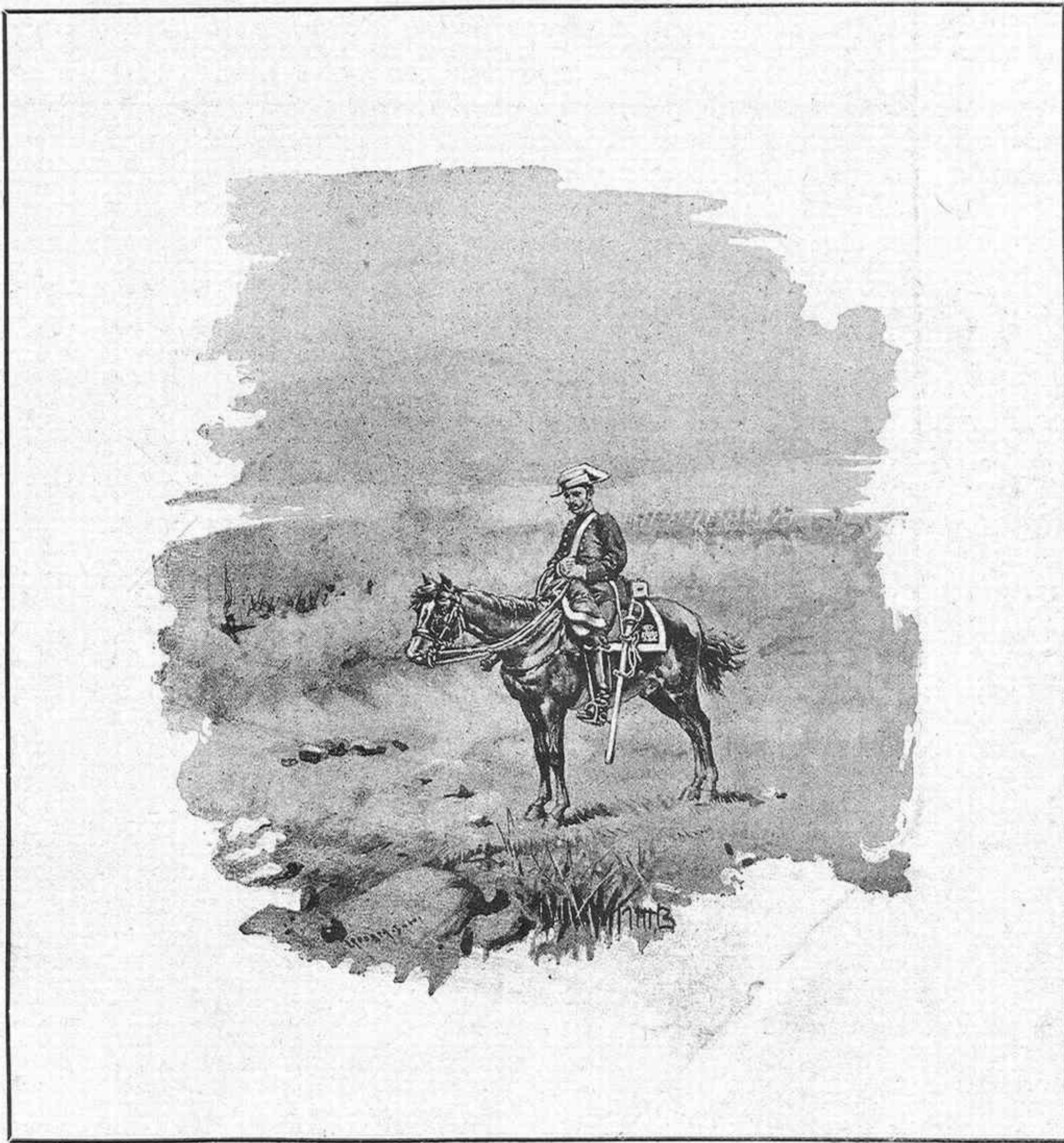
Hemos llegado á una fase de la Historia en que el progreso incesante de los pueblos civilizados ha hecho en absoluto incompatible su carácter actual con su forma de gobierno.

Cada cambio que experimentan los habitantes de un país requiere una organización que le esté en armonía. Si el pastoreo hubo de exigir la patriarcal; si la guerra y la agricultura fomentaron el feudalismo; si el desarrollo de la manufactura y el nacimiento de la conciencia social impusieron el régimen constitucional y el parlamentario; si, con arreglo al estado de las sociedades, han regido hasta aquí el derecho trunco, el territorial, el timocrático ó el personal, lógico es deducir que el carácter esencialmente económico y mercantil de las naciones modernas exige un régimen especial, que le sea propio en la forma de gobierno y en el derecho imperante.

Si las Edades Antigua y Media necesitaron de la esclavitud y del derecho divino de los reyes, el ambiente social de nuestros días reclama imperiosamente la implantación del *funcionarismo* (que elevará á su apoteosis al régimen parlamentario, librándolo de sus tradicionales impurezas). Mientras éste no sea establecido existirá un verdadero divorcio entre la naturaleza del Estado y su forma de gobierno, entre el organismo y su función, entre el conjunto y las partes; y para establecer el funcionarismo están de más desde luego todos los partidos históricos, condición indispensable para hacer verdadera Administración, para que la nación pueda gozar de autonomía, para que se pueda regir y gobernar por sí misma y para que la legislación directa sea un hecho real.

El sistema del funcionarismo no puede ser otro que aquel en que, desde el primer ministro al último escribiente, no pertenezcan á ningún partido, sino á la nación, y en que dejen de tener prerrogativas y de ser hombres políticos, para no ser más que técnicos, funcionarios públicos, y nada más que funcionarios públicos, inamovibles, pero responsables, verdaderamente responsables de todos sus actos.

(Se continuará.)



GUARDIA CIVIL DE CABALLERIA



MADRID.—ESCALERA PRINCIPAL DEL REAL PALACIO EN UN DÍA DE RECEPCIÓN

EN LA VEGA

NOVELA DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

JOSÉ DE LAUGI

—¿Pero me va usted á enterar de si hay ratas en el granero?

—¿Es que vende usted gatos?

—Es que me voy, ¡ea!

—¿Y te vas sin oír lo de la mosuela?

—Lo que quiero es despachar pronto.

—Lo mesmito que mi cuñao el barbero, que ha pasao de un estanco á una barbería y sa güelto loco.

—¿Acabamos?

—Pues dame otra perra, cuerpesito de bailaor.

—Toma, mujer, toma todas las que llevo.

—Déjame que las cuente, aspérate dos minutos— una, dos, tres...

—¡Arre, buuurro! ¡Condenado!

—Párate, mardecío, que lo contaré cuando te vayas. Venga esa mano.

—¡Otra vez!

—¡Cállate! que más la tendrás que dar cuando sargas deputao.

—¡O cuando reciba un pésame!

—Justo.—Pues si no me engañan estas rayas, te juro por mi salú que ni que fueras patena lo habías de pasá mejor.

—Así me gusta. Sigue.

—Que tiés á una mosuela que espera la digas cuatro palabricas pa endiñarte otras tantas. ¡Y tu estás más colao que la carne de membrillo y te pasas las noches pensando en si te quiere y... dame otra perra gorda, y te digo cómo se llama y los años que tiene!

—Te he dicho que se me acabó el dinero.

—No digas embustes, que te van á tostá en el infierno lo mesmo qui á una papa. Dame una peseta y te devuelvo dos reales.

—Tómala toda entera, si me prometes acabar pronto y decírmelo todo.

—Pues sí que lo diré; que la chavaliya está que-renciosa y que estás tu metío en sus mientes lo mesmo que una barrena.

—¿No sabe ya usted más?

—Que hay otro por enmedio que la quiere sin saberlo naide y que has d'estar prevenío, por más que cuando dos se tien ley no hay competencias, y vosotros sus quedrés al igual que los enamoraos de la Peña y antes se dejará ella sacar sus ojo y tú cortar la cabeza, que dejarse el uno por el otro.

—¿Y nos casaremos pronto?

—¡Jezú qué niño! ¡No pías tú poco por una peseta!

—Pues no quiero saber más. ¡Arre, burro!

—Pues te casarás pronto y no te cansarás nunca, y tendrás quince hijos como quince soles.

—¡Te he dicho que no quiero saber más!

—¡Y uno será capitán, y otro obispo, y otro emperao!

—¡Arre, burro!

—Y tú has de saber tó lo que es la vida, dende el comé por limosna, hasta mandar por capricho. Porque eres mu güeno. ¡Y Dios te bendiga y te dé salú!

—¡Arre, burro!

IX

LA CULEBRA. ¡LAGARTO, LAGARTO!

Por aquellos días tuvo lugar un acontecimiento del que aún se hacen lenguas en todo Purchil y sus arrabales.

Para contarlo he de dar algunos detalles de cómo eran y estaban las alamedas de nuestro cortijo.

Constituyen estas alamedas grandes plantíos de álamos y mimbres, y al mismo tiempo que sirven para la explotación de sus maderas y el mejoramiento de las tierras, sirven de defensa contra los ríos cuyas márgenes defienden de las avenidas. Ocupaban por aquella fecha una cuarta parte del cortijo, que no sé si he dicho es uno de los mayores, si no el mayor de toda la Vega. El suelo de ellas todo lleno de zarzas cañota y césped, las da cierto aspecto de selvas; pero su alineación destruye tal efecto.

Las dichas alamedas constituían por aquel tiempo la constante preocupación de mi tío, de Rafael y del guarda, porque al menor descuido entraban los caberos, y ligeros como ardillas cortaban las ramas de los álamos, que es alimento favorito de las cabras. También los gitanos entraban á robar mimbres para los cestos, y así todos por el estilo. Véase la muestra.

Ibamos una tarde paseando mi tío y yo, cuando oímos la voz de Rafael que cuestionaba con alguno. Era con un gitano pescado en *infraganti* delito de robo.

—Vengan esas tijeras, so charrán—exclamaba Rafael iracundo;—te voy á castigar sin jacerte daño.

—¿Rafaeliyo, que vas acé? ¡Repara que necesitaba unas varillas!

—¿Que qué voy á acé? Vengan las tijera, verás pa lo que sirven.

Como acabásemos de llegar y Rafael le amenazase iracundo, exclamó el gitano volviéndose á mi tío:

—¿Zeñorito, que este hombre va á jacé un desatino! ¡Que yo soy un probetico!

¡A buena parte iba con súplicas!

—¿Que vengan esas tijeras, que te voy á cortar los tufos!

Nunca lo hubiera oído. Si le dicen que iban á matar á su madre, á él y á toda su familia, no hace mayores aspavientos. Aquello fué el acabóse. Comenzó á llorar como una mujer y á pedir de rodillas que le conmutasen el castigo. Todo inútil. Rafael seguía en sus trece.

—¡Vigen de mi arma! ¡Por tós los santos, zeñó Rafaeliyo! ¡Por zu mama, por tó lo que má quiera, máteme osté, pero no me corte los tufos, que me van á matá en la cueva!

—¿Dame la tijera, so charrán!

—Por Dios y por la Vigen de las Angustias. ¡Ay, Rafaé, eres peor qu'un doló de tripas! ¡D. Damián, perdóneme osté, que tiene esa cara de santo; señorito Pablo, téngame lastimica!

—Déjalo, Rafael—exclamó mi tío con brusquedad poniendo término á la escena;—que coja esos mimbres y los lleve al cortijo, y si otro día vuelve le das dos tiros en la cabeza.

—Ezo é, que me jagan tirillas er pellejo si güelvo á pisar las alameas.

Cogió la carga y se fué hacia el cortijo; pero cuando volvimos aquella tarde nos dijeron que nadie había llevado mimbres ni recado alguno.

Como éste lamentábamnos diariamente mil abusos, hasta que de repente nadie se atrevió á penetrar en las alamedas. ¿Cuál era la causa? Pues nada menos que la aparición en dichas alamedas de una culebra espantosa, que según ciertas lenguas alcanzaba unos cuarenta metros, y según otros no bajaba de diez ó doce.

En dos ó tres días todo el mundo lo sabía y no se hablaba de otra cosa en la Vega. Aseguraban unos haberla oído silbar á media noche; otros la habían visto acostada tripa arriba tomando el sol en la orilla del río, y el mismo Rafael, que fuera de su florido lenguaje era tan serio como mi tío, contaba haberla visto entrar en la alameda llevando la cabeza erguida como á dos metros del suelo, y en la boca colgando un pañuelo con la merienda de unos caberos. Lo cierto era que los caberos se habían quedado sin merienda ignorando el cómo, y todos los detalles coincidían en indicar que el ofidio era de descomunales proporciones. De tal manera corrió el estupor y el miedo, que los más valientes peones se negaban para ir á trabajar en la proximidad de las alamedas, y el guarda, que según afirmaba había visto tres álamos tronchados por el bicho, se estremecía al entrar entre los árboles, á pesar de su escopeta de dos cañones.

Yo sólo puedo atestiguar, dada mi prudencia, que en una excursión que hice con mi tío, armados ambos hasta los dientes, por los alrededores de su guarida, pudimos percibir bien claramente en las acequias las aún recientes huellas del animal, que según su tamaño, no tendría menos grosor que el de un guardacantón de los más gordos de Granada.

A los pocos días de saberse tal aparición, fué hallada por el hijo del guarda una camisa de culebra de unos dos metros de largo, y ya á nadie cupo duda de que el animal trataba de reproducirse.

No sé á quién se debe, pero fué el caso que alguien propuso en Purchil armar una partida y concluir con la bicha. Al oír tal proposición todo fué entusiasmo y adhesiones, y todos querían ser los primeros en hallarla; pero cuando reflexionaron un poco en los peligros que tal empresa tenía, fueron disminuyendo los valientes, y quedaron sólo unos quince decididos á todo.

—¿Tú no vas, Juanillo?

—No, hija, que soy muy supersticioso, y ezo trae mala pata.

—¡Mía que pué que no l'haiga!

—Ezo é lo é menos, porque yo zi la veo la ejo echa un taco d'una perdigoná. Tú ya zables quién soy yo.

Diálogos como éste se pescaban por todas partes. La serpiente llegó á ser una preocupación en el pueblo, y la batida adquirió proporciones de cruzada.

—Chiquillo, hasta el cura de Cullar ha dicho que viene.

—¿En güena cosa nos habemos metío!

—¿Es que tiés miedo?

—Había é ser el culebrón lo mesmo que el río Genil y no m'azusto yo.

—Pues mira que icen que tiés miedo.

—El que eso diga por ahí no me lo ice á la cara.

La verdad ante todo: la cosa era un poco atrevida. Los últimos detalles acusaban que el bicho no se asustaba de nada; algunos decían que á uno de Gavia le había comido dos borregos con lana y todo.

Hasta en el santo hogar se dejaron oír las consecuencias del terror.

—¿Pero es que tú no vas á matala?

—¡Mujé, arrepara que no apunto bien!

—Lo que veo es qu'eres un bragaza y un cobarde.

—¡Mujé, no grites tan recio!

—Ezo é, atrévete conmigo y al culebrón no le jagas daño.

—¿Zi; ¡riete der bicho!

—A eze y á tí sus mato yo zolica.

—Mira, mujé, qu'estás criando y á ezo bicho les gusta la leche.

—¿Pue por ezo voy á dir yo y tú te debe de quear en casa!

Había también detalles cómicos, aun entre los más valientes cazadores.

—Oye, Rafaé—preguntaba uno:—¿con qué te parece que cargue la escopeta? ¿Le pongo plomos ó un par de balines?

—¿Há lo que quieras!

—Yo he puesto el cartucho lleno de clavo, y azí la ejo clavá en un álamo.

—Justo, y disecá—añadió Frasquito, el gracioso del pueblo.

—Mira, Frasquito; en la coza formale no me gusta la broma.

—¿Y no te paece broma el matala con clavo?

—Yo he puesto plomo zorrero.

—Y yo postas.

—Pero, chiquiyo, ¿tú vas á vení?

—Zi te paece mal, irás tú solo.

—Pero zi man dicho qu'antier tuviste un arregume con la culebra que tié el boticario pintá en la tienda.

—Ere mu grasioso.

—Regulá, hijo, porque te veo poco.

Como todo llega, llegó también el día señalado para la cacería y todo el mundo se levantó temprano y oyó misa con devoción, porque en tal lance convenía estar bien preparado. Días antes se habían hecho toda clase de ejercicios *ad hoc*, desde tirar al blanco hasta desatarse de cuerdas arrolladas al cuerpo por si á la culebra le daba la gana de abrazarnos.

Rafael y el guarda, que conocían el peligro, no ocultaban á nadie sus temores. Mi tío no quiso ir ni habló siquiera de lo que tanto nos asustaba. Era el hombre más tranquilo de la comarca.

A las once del famoso día estábamos todos los expedicionarios reunidos en la plaza del pueblo armados hasta los dientes y en disposición de lanzarnos al combate.

Muchos llevaban los cuchillos sujetos á los trabucos como si fueran bayonetas. Hubo quien llevaba el collar del perro por si la bicha se le tiraba al pesquezo.

Bajo la sabia y prudente dirección de Rafael nos despedimos del pueblo, que nos veía partir con desconsuelo, y tomamos el camino de las alamedas; ¿volveríamos vivos?

Apuntábamos impacientes y nerviosos á los pobres pajarillos que se ponían á tiro, sin más objeto que comprobar la puntería y el funcionamiento del arma.

Frasquito iba separando algunas gruesas piedras que había en mitad del camino. Le pregunté que por qué lo hacía.

—Hijo, pa poder juir á la güelta.

¡Dichoso él que aún estaba para bromas!

—Bueno—dijo Rafael en cuanto llegamos al borde de las alamedas;—es menesté que registremos todas las siecas y la orilla del río. Zi está dormía, hay que buscá la cabeza y cortásela de cualquier modo.

—¡Ay, Rafaé! Procura matala enantes que yo la vea—exclamó Frasquito con terror.

—Bueno; menos miedo y cuidado con lo que se hace; no vayamos á pegarnos un tiro—dijo uno de los cazadores.

(Se continuará.)

¡Tristes recuerdos!

¿Recuerdas de una tarde
del mes de Mayo,
cuando el sol ocultaba
sus tibios rayos,
que con palabras
amorosas te dije
que te adoraba?

¿Recuerdas que con llanto
fueron envueltas?
¡Y tú también llorabas!...
¿Ya no te acuerdas?
¡Nunca olvidarme
podré del amor puro
que me juraste!

¿Que todo aquello fueron
palabras vanas?
¿Y por qué si mentías
me lo jurabas?

...
¡Falsas mujeres!
¡Todas mienten jurando...!
jurando... ¡mienten!

EDUARDO TEJERINA GAMARRA.

VILIPENDIO

(CUENTO ORIGINAL)

Su tipo chulo, los contoneos y garbo de su cuerpo, aquellas *persianas* pobladas y rizosas, que eran la envidia de los aspirantes a Cúchares..., todo fué entregado á los quereres de una hermosa flamenca del barrio, llena de gentileza en su persona, de nobleza en su corazón y de unos pensamientos purísimos, que se la traslucían á través del color cobrizo de su cara, que daba un tono ardiente á su tez morena.

Y después de unos amores tan contrariados como queridos, él comenzó á dar lecciones de cante *jondo* y baile flamenco, y al convertirse en *maestro* tomó la alternativa entre los «títulos profesionales».

Ya ¿para qué esperar?—dijeron los enamorados.

Y sin más bienes de fortuna que su juventud y el rasgueo de una guitarra, que servía para acompañarles sus armoniosos *jipios*, casáronse.

* * *

Pero los tiempos parece que se empeñan en venir cada vez peores, y esta situación sirvió de marco al lienzo del amor. Los alumnos abandonaron la clase de *adorno* y no vinieron otros, cual si las generaciones, al sucederse, nacieran en estado de decrepitud.

Sus convecinos, gente sin compasión, le apodaron «Vilipendio», y perdió el nombre tan en absoluto, que hasta al interesado se le olvidó el de pila.

La vida hízoseles imposible, y animados por el consejo de los amigos, decidiéronse á emigrar á aquel «gran centro» donde todo lo que tiene algún mérito se cotiza y vale.

Llegaron los dos: él lleno de ilusiones; ella cada día más hermosa, y descubiertos los secretos del cante para arrebatar con su melodiosa voz y sus flamenquerías sentimentales é idílicas.

Fué un delirio su presentación; terminaron las privaciones; se olvidó el apodo y el *cantaor* se firmó en cristiano.

* * *

Alquilaron una casita alegre, que había de ser el testigo de sus amores.

La mujer se eclipsó del tablado por encontrarse enferma, y él siguió cumpliendo sus obligaciones puntualmente.

Una noche, terminado el trabajo, volvió inmediatamente á su casa, y después de registradas

todas las habitaciones, dió crédito á su desgracia.

Salió á la calle, corrió en distintas direcciones, preguntó y pudo averiguar la verdad: que había salido su compañera al poco rato de marchar él, y que las noches anteriores había hecho lo mismo.

Pasó varios días como si estuviera loco; pero la reflexión apagó el fuego de la ira, y atendiendo á los llamamientos del empresario, volvió á su oficio.

Al subir al tablado oyó que le decían:—¿Tú aquí, Vilipendio?—y el apodo trajo en sí la amargura de dichas pérdidas. Rasgueó febrilmente la guitarra, saltaron las lágrimas de sus ojos y ovacionado por el público, fuera de sí, cantó:

—¡Ay!, salero del alma,
que sin tí estoy pasando,
mi vida,
penitas amargas.

RAMIRO DE AÑÍBARRO.

LLORARES

Que no tengo corazón
me suelen muchos decir.
¡Como me hizo penar tanto
lo arrojé lejos de mí!

No hables nunca de la luz
al que gime entre tinieblas,
ni le cuentes alegrías
al que sufre amargas penas.

Contemplo con sumo encanto
la grandeza de los mares,
amargos, como mi llanto,
é inmensos, cual mis pesares.

Las más fuertes tempestades
no se forman en las nubes,
que se forman con las penas
en el alma del que sufre.

¡Ella murió! y sin embargo,
á veces oigo su voz.
Y es el eco que aún resuena
dentro de mi corazón.



EN EL BAILE

Teatro de la Princesa

"PEPITA TUDÓ,"

En la noche del 5 de Febrero se estrenó en la Princesa la comedia de Ceferino Palencia, *Pepita Tudó*. Ante todo he de manifestar, rindiendo con ello un tributo a la justicia, que el plan que el Sr. Gaspar propuso, no se parece absolutamente en nada al asunto en que se ha inspirado el autor de *El Guardián de la casa*.

Todos los que conocemos el talento de Palencia habíamos ya rechazado como falsos ciertos absurdos rumores echados a volar con aviesa intención.

El éxito de *Pepita Tudó* fué en extremo lisonjero. El público premió con grandes aplausos la obra del Sr. Palencia, llamándole a la escena al final de todos los actos. *Pepita Tudó* entretiene agradablemente, tanto por ser una fiel reproducción de costumbres y trajes, como por su factura elegante, que descubre a un literato de cuerpo entero. El prólogo está concebido de mano maestra. Viene a la memoria el Madrid de los majos y de las manolas, el Madrid de Goya y de D. Ramón de la Cruz. La acción comienza en San Antonio de la Florida, y los diversos tipos que desfilan ante el observador, están llenos de vida y movimiento.

En el primer acto Palencia presenta un entretenido cuadro de época. Las famosas audiencias del favorito Godoy. Este acto, todo él lleno de animación y colorido es, a mi juicio, el mejor de la obra. En el segundo, que se desarrolla en el palacio de El Escorial, admirablemente copiado, se inicia el drama, que termina con el sacrificio de la Tudó. El carácter de la tierna gaditana está muy bien dibujado, lo mismo que el del ambicioso favorito de Carlos IV.

La comedia, además de lo castizo de su lenguaje, presenta una delicadeza tan fina y agradable, que no puede menos de agradar en extremo.

La eminente María Tubau, que por tratarse de una obra de Ceferino se encontraba muy emocionada, interpretó su papel a maravilla, siendo calurosamente aplaudida por la distinguida concurrencia que llenaba la sala. Lució trajes de época elegantísimos.

Ceferino Palencia, si como autor ha hecho un derroche de ingenio, como empresario ha hecho un verdadero derroche de lujo escénico. Todas las decoraciones son preciosas, de gran gusto y propiedad notable. Los trajes son también de gran mérito, sobresaliendo, además de los que luce la señora Tubau, el de la Reina en el segundo acto, que es una reproducción exacta del de María Luisa, en el cuadro de Goya *La familia de Carlos IV*. El traje del Rey cuando vuelve de caza, está copiado de un retrato de Carlos IV, por Goya.

Muy de época también los diferentes uniformes que luce el Príncipe de la Paz y los casacones del conde del Montijo y del duque del Infantado, resultando muy bien presentada la corte de Carlos IV.

Al distinguido erudito D. Ramón Mélida le ha parecido admirable el decorado y vestuario, considerado en su exactitud histórica.

Ya he dicho que la factura de la obra es castiza y elegante. El prólogo termina en un romance de mucho efecto, que fué aplaudidísimo. Además merece plácemes el Sr. Palencia porque el asunto que ha escogido para llevarlo a las tablas es eminentemente nacional, sacado de una época que ha sido estudiada con poca detención por nuestros literatos.

No soy yo de los más apasionados por la comedia ó el drama histórico. Sin embargo, si ese género contara con muchas obras como *Pepita Tudó*, me haría su más ferviente partidario.

La ejecución bastante aceptable, distinguiéndose además de la señora Tubau, de cuya admirable labor ya me he ocupado, el Sr. Palanca en el papel de Godoy y el Sr. Llorente en el de Carlos IV.

Los demás procuraron cumplir en la medida de sus fuerzas la tarea que les estaba encomendada.

Nuestra enhorabuena a Ceferino Palencia, como autor y como empresario.

LARA

La azotea; sainete en un acto, original de los Sres. Alvarez Quintero.

El éxito obtenido por los hermanos Quintero la noche del estreno de *La azotea*, fué tan franco como ruidoso. Diez veces fueron llamados a escena, entre ovaciones entusiastas.

La nueva producción de tan distinguidos autores es una filigrana de gracia y sentimiento. Desde las primeras escenas se ve la maestría admirable, el arte supremo de los autores de *Los galeotes*. Aquellos tipos andaluces están llenos de verdad, y usando un símil pictórico podemos decir que el sainete es una mancha de

color tan luminosa como exacta. El diálogo es de una frescura encantadora, y los chistes siempre intencionados y cultos sin caer nunca en la vulgaridad y en la chocarrería.

La azotea es una digna continuación de *El patio*, por más que ciertos críticos, ó lo que sean, hayan censurado la nueva producción, movidos por malévolas intenciones.

Satisfechos pueden estar los autores sevillanos. Con *La azotea* se han puesto una vez más de relieve dos cosas indiscutibles: su talento excepcional y las simpatías de que gozan, bien ganadas y merecidas, pues en ellos una laboriosidad infatigable corre parejas con un ingenio despierto, robusto, exuberante.

La ejecución primorosa, distinguiéndose la señora Valverde, las señoritas Nieves Suárez y Domus y los Sres. Bañaguer, Luna y Santiago.

A. POLO

No comprendemos cómo ninguna persona de buen gusto puede visitar este teatro.

La última obra estrenada, *El siglo XIX*, es un esperpento lleno de vulgaridades.

Parece mentira que sea de literatos tan distinguidos como Arniches, Delgado y López Silva, pues más bien creeriase debida a la mano inexperta de cualquier *currinche* adocenado.

ROMEA

El Príncipe heredero se titula una zarzuela estrenada en este teatro. La obra es de lo peor que hemos visto.

Nos extraña que producciones como esa sean admitidas por los empresarios, y mentira parece también que para escribir retruécanos groseros y sin gracia, se hayan tenido que reunir nada menos que dos autores del prestigio de los señores Arniches y Celso Lucio. Se han creído estos apreciables literatos que todos los dislates de *El Príncipe heredero* iban a ser perdonados en gracia a que se toca la *Marsellesa* y se grita a cada paso «Viva la república», y han sufrido una lamentable equivocación, pues el público se aburrió soberamente y no demostró en modo alguno agrado por tal engendro.

Si *Electra* no hubiese tenido algo más que sus plausibles tendencias anticlericales, no hubiera producido el entusiasmo aún latente y general.

Por eso, creer que con halagar determinados sentimientos se obtienen triunfos legítimos y sinceros, es un error profundo. —P. Zancada.



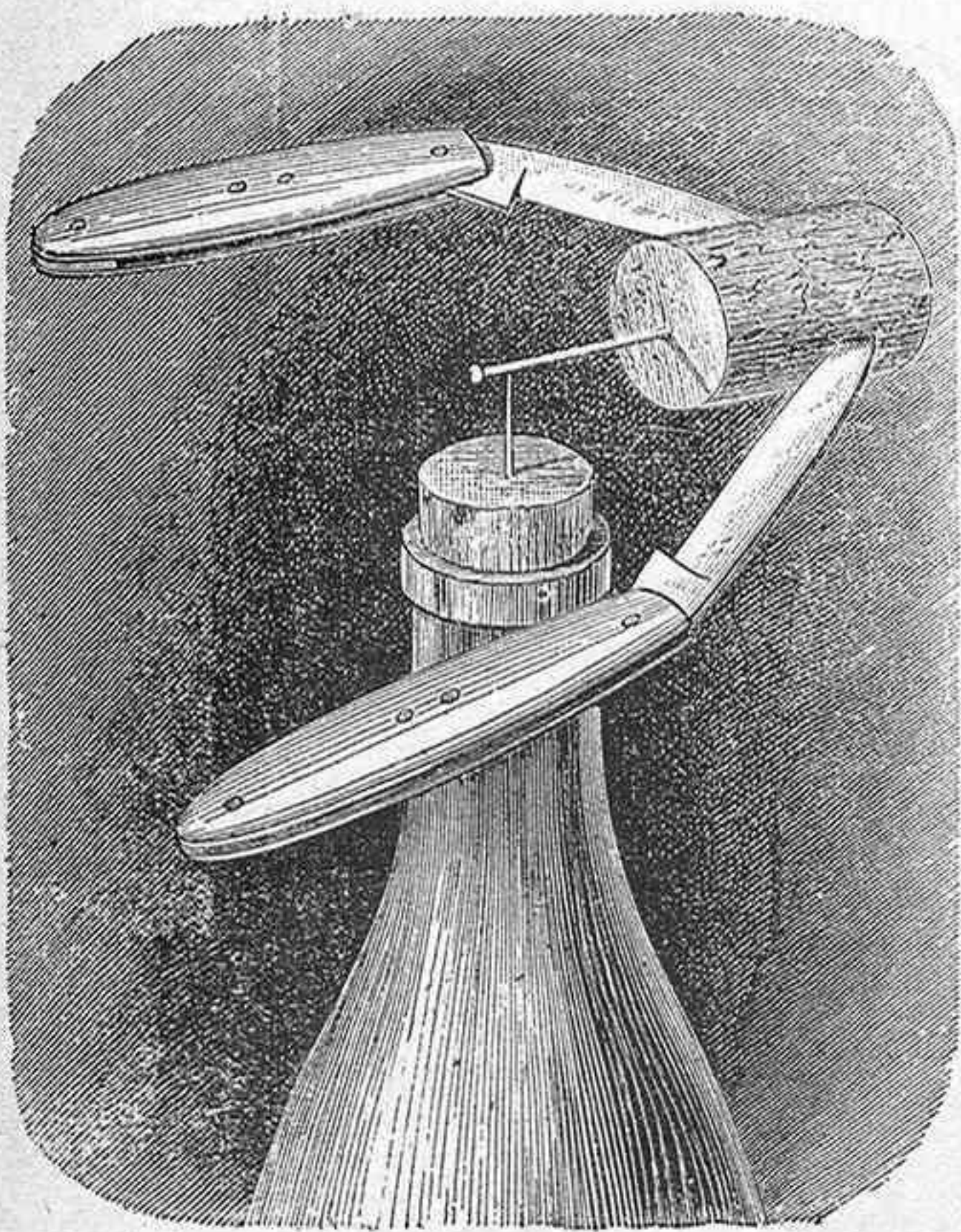
SALIDA DEL TEATRO

Recreo científico

TALADRAR UN ALFILER CON UNA AGUJA

El alfiler se fija en un corcho, en el cual se hallan clavados, por una y otra parte, dos cortaplumas de igual peso. En el caso que el cortaplumas sea de peso diferente, se hará variar la abertura de sus hojas.

Colocad la cabeza del alfiler sobre la yema de vuestro dedo, y haced variar la abertura de los cortaplumas hasta conseguir, por medio de repetidos tanteos, que el alfiler se sostenga horizontalmente. Entonces,



con cuidado, le colocaréis sobre la punta de una aguja, que estará clavada en el tapón de una botella.

Soplado sobre el corcho que sostienen los cortaplumas, pondréis todo el sistema en movimiento y girará sobre la punta de la aguja. Como ésta es más dura que el alfiler, llegará al cabo de algún tiempo á formar un pequeño agujero en éste; y si el experimento se prolonga, llegará á atravesarle.

¡Ella!

¿Quién es ella? Ella es Teresa, Luisa, Leona... el nombre es lo de menos; ella es esa hermosa mitad del género humano que se llama mujer, ese ángel que Dios ha enviado al mundo para consuelo y alegría del hombre.

La veo como hija, ayudando desde niña á su madre en los honestos quehaceres domésticos, mientras que sus hermanos, buscando placeres y diversiones, olvidan y desprecian la dulce paz del hogar y abandonan á sus padres, á quienes ella, con sus gracias y halagos, sirve de consuelo, ella mitiga sus dolores y enjuga con sus besos el sudor de su agonia. Como esposa, la ves soportando resignada los desdenes é infidelidades de su marido, á quien recibe con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios siempre que vuelve á ella en busca del reposo, de la calma y de la dicha que en vano pretendió hallar en otros brazos.

La admiro como madre, sufriendo contenta los mil dolores que la causa el dar vida á sus hijos, alimentándolos después con su propia sangre, velando por ellos constantemente, llorando si ellos lloran, gozando si ellos gozan.

¡Bendita sea la mujer como hija, como esposa y como madre!... ¡Y sin embargo, aún hay hombres que la infaman y denigran! ¿Pero quiénes son éstos?

Los jovencuelos célibes y los solterones empedernidos que, huyendo del trato social de las mujeres virtuosas, confunden con la mujer la carne que se cotiza entre los bastidores de los teatros, en el foyer de los salones musicales y en las casas del vicio, y que, por lo tanto, están condenados á no recibir nunca más que caricias mercenarias, ó á lo sumo las de la mujer fácil y despreocupada que empieza por no respetarse á sí misma despreciando las conveniencias que la moral y la sociedad imponen.

Denigran é infaman también á la mujer los casados ó viudos, que se lamentan por su desgracia en la elección de esposa, sin considerar que la culpa fué suya ó por no haber sabido buscar mujer digna, ó más bien aún por haberla ellos contaminado después con sus indignidades al creer que el matrimonio sólo obligaba á ellas, bastándoles á ellos con ofrecer á la mujer legítima las caricias sobrantes, las migajas de amor que despreciaron sus queridas, hartas de favores y de halagos.

Los difamadores de la mujer son siempre, por lo tanto, hombres indignos y depravados que, con pasiones de macho, sólo buscan en la mujer la satisfacción de sus brutales deseos y se admiran de no hallar en su camino más que hembras dignas de ellos por lo impuras y groseras. Y no obstante, cuántos de esos infelices ángeles caídos no son más que simples víctimas, porque de cien esposas que mancillan su tálamo, noventa y nueve son impulsadas al abismo por sus propios maridos, quienes, ó no han sabido defenderlas de los peligros que la sociedad ofrece, ó

les han dado ejemplo con su mala conducta ó el abandono en que las han tenido.

De cien mujeres prostituidas, diez á lo sumo lo habrán sido por su voluntad é inclinación; las demás por los mismos que después la desprecian y escupen.

Ellos, los fuertes, las empujan y extrañan que ellas, las débiles, caigan. Y no piensan, sin duda, qué juicio tan poco favorable merecen los que, denigrando tanto á la mujer, se arrastran á sus pies y cometen bajezas y villanías por un ser tan degradado (según ellos), y al hablar tan mal de la mujer en general, no piensan tampoco que han tenido madre... ó dan á entender que la suya no fué digna del nombre de mujer ni de ostentar la aureola de la maternidad. Pero los que hemos tenido la suerte de conocer una mujer santa y digna en nuestra madre y una virtuosa y fiel compañera en nuestra esposa, no podemos menos de exclamar por convicción y por gratitud:

¡Bendita sea la mujer! ¡Bendita sea!

M. MARZAL Y MESTRE.

Libros recibidos

La Italia Política.—En esta obra del diputado por Burgo de Osma, Sr. Parrés y Sobrino, se ponen de relieve las extraordinarias dotes de inteligencia y de saber de tan distinguido hombre público.

Las canciones.—Libro de poesías de D. Pedro de Repide, en que se descubren en su autor envidiables condiciones de poeta.

De la casa editorial Maucci, de Barcelona, hemos recibido Los cosacos del conde León Tolstoi y A sangre fuego de Henri Sienkiewicz.

En el próximo número publicaremos un capítulo de esta novela, y hablaremos de la esmerada traducción hecha por la acreditada casa editorial del señor Maucci.

Dentífricos de Botot Antisépticos Superiores. Exigir la Marca BOTOT. 17, rue de la Paix, París. EN VENTA en TODAS PARTES.

Pasta Dentífrica de Botot SUPERIORIDAD RECONOCIDA. 17, rue de la Paix, París. EXIGIR LA MARCA BOTOT.

Siempre joven la Duquesa de X



Su secreto, muy simple, está al alcance de nuestras amables lectoras, que pueden imitarla empleando todos los días para el tocador la **Crema**, los **Polvos de arroz** y el **Jabón á la Crema Simón**.—Desconfiar de las imitaciones.—J. SIMON, 13, rue Grange Bateliere, París.

Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policía de París.

Traducción de RICARDO VINUESA Ilustraciones de ROJAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo. Precio del volumen: TRES PESETAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK



Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos. Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jacqueca, los Vahidos, Congestion, etc. Dosis ordinaria: 1 á 3 granos. Noticia en cada caja. Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES. París, Farmacia Leroy y principales.

La Ilustración Nacional

MILICIA, ARTES, INDUSTRIA, MODAS

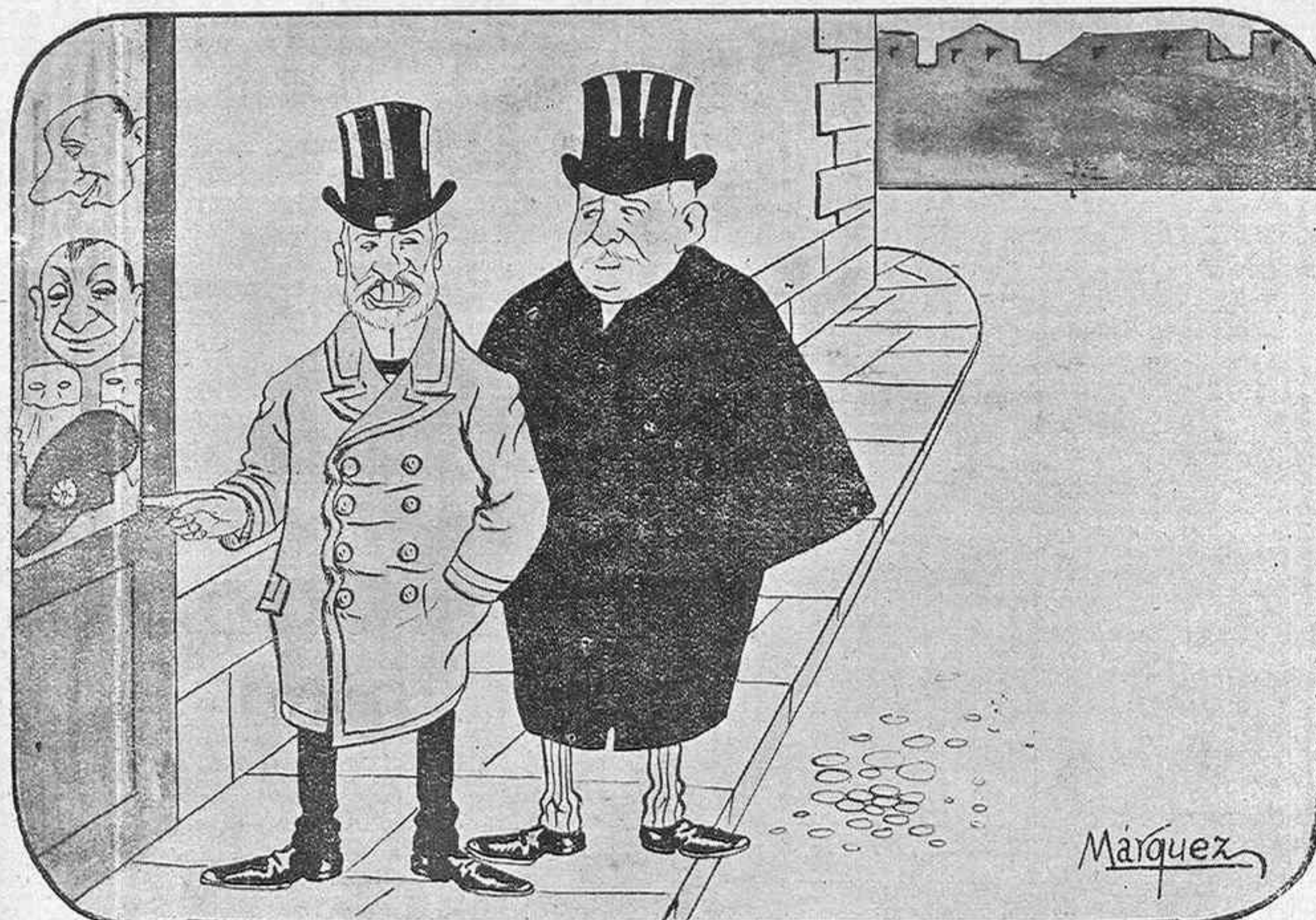
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA	
Trimestre.....	4,50 pesetas.
Semestre.....	9 »
Un año.....	18 »
EXTRANJERO	
Semestre.....	12 »
Un año.....	24 »

Compuesto en las máquinas LINOTYPE

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

NOTA POLITICA



ROMERO (á Gamazo).—Aquí tiene usted un disfraz bonito.

GAMAZO.—Ese para usted.

ROMERO.—Yo ya me he disfrazado de todo y he repetido, así es que con cualquiera me conocen.

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedaron organizados en la siguiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Algeciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

El Anuario de la Exportación

PARA 1901

(4.º AÑO DE SU PUBLICACIÓN)

Recomendado por Reales órdenes de los Ministerios de Estado y Hacienda, es el más importante de España porque contiene 450.000 señas comerciales de casi todas las naciones de Europa (entre las que merece citarse España por la extensión y exactitud de sus direcciones) y toda la América; Aranceles de Aduanas de dichas naciones; tarifas internacionales de transportes, información para el desarrollo comercial, estadísticas, etc., etc.; inserta gratuitamente las señas de todo comerciante, industrial, empleado, propietario, profesor, abogado, notario procurador, arquitecto, médico, etc., que lo solicite. Precio del Anuario por suscripción: En Barcelona, 10 pesetas; fuera de Barcelona, 12 pesetas.—Pidanse las tarifas de anuncios.

Paseo de Isabel II, número 8 y calle Llauder, número 1

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Areneros, 38.—MADRID

Gaceta Balneológica

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

Esta nueva publicación, editada con gran lujo, aparece los días 15 y 30 de cada mes. Está dedicada exclusivamente á tratar las cuestiones balneológicas, tanto en su aspecto terapéutico como en el industrial.

Temas á desarrollar en esta publicación

Hidrología Médica.—Climatología.—Higiene.—Hidroterapia general.—Mecanoterapia.—Electroterapia.—Establecimientos de Aguas minerales.—Sanatorios.—Playas marítimas.

Y especialmente cuanto se refiere á la

INDUSTRIA BALNEARIA

Se remite un número de muestra á cuantos lo soliciten directamente de la Administración.

Arco de Santa María, 47.—Madrid.

(CASA ESQUINA Á LA CALLE DEL BARQUILLO)

Emulsión Nadal Con 80 por 100 de aceite higado bacalao y glicerofosfatos é hipofosfitos de cal y sosa. Es la mejor. La venden las farmacias.

BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosea el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparados por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en blancos y tintes.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS
y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.
adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.
EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ
ALMERÍ
LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS
CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON
PIDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO
Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapices de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado.

Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SAS- trería de Antonio Mateos, maestro sastre del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZ- quez. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFEC- tos que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

Lozano. Bicicletas.

La mejor casa de España.—Economía y perfección.

LIBRO UTILÍSIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infantería del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno, Comandancia de Carabineros de Algeciras